

Jáuregui, Carlos A. y David M. Solodkow. *Bartolomé de las Casas y el paradigma biopolítico de la modernidad colonial*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2024. 451 pp. ISBN 9788-4919-2448-7

¿Una aproximación a Bartolomé de las Casas *desde* la *biopolítica*? ¿Una lectura *sobre* la colonización de las Antillas Mayores a partir de un concepto acuñado por un filósofo francés a mediados del siglo XX? Estas interrogantes despuntan tan solo al leer la portada del último libro escrito por Carlos Jáuregui y David Solodkow. Es el cariz inédito de las propuestas de Bartolomé de las Casas con respecto a la drástica disminución de la población indígena lo que fundamenta la “perspectiva foucaultiana” del texto. Se trata, entonces, de la comprensión de la biopolítica *desde* Bartolomé de las Casas. Esta aproximación, por un lado, presenta una lectura fresca en torno a los planteamientos del clérigo dominico y el diálogo con sus contemporáneos y, por otro, disputa la definición temporal y geográfica de la biopolítica, moviendo su marco desde el siglo XVIII europeo al XVI de la colonización americana. He ahí la apuesta filosófica del libro: abarcar interpretativamente aspectos irresueltos tanto en la conceptualización de la biopolítica como en la teorización de la violencia fundadora de la modernidad colonial en América Latina.

A grandes rasgos, la biopolítica implica una relación *dialéctica* entre la vida y la política (22), en cuanto esta califica a la primera y aquella irrumpe en las lógicas gubernamentales y en la razón de Estado. Los *remedios* lascasianos decantarían en el problema central de la biopolítica: “*producir una población productiva*” (23). El clérigo, si bien no emplea el término población, ni su razonamiento constituye una política gubernamental generalizada, sí se ocupa de la *despoblación*, referida a la *gente e indios* (25). Ahora bien, el paradigma estudiado por Jáuregui y Solodkow atiende a un momento específico del pensamiento lascasiano, desarrollado entre 1515 y 1521 ante la hecatombe demográfica en curso. En este periodo los autores detectan la emergencia de un problema propiamente biopolítico.

El libro, seguido de una introducción, se divide en seis capítulos que abordan la coyuntura de este fenómeno, a partir de una robusta argumentación y una revisión detallada de material de archivo. El primer capítulo expone la explotación de recursos y mano de obra indígena durante la conquista de las Antillas Mayores, así como las infértiles respuestas legales ante la muerte de los pueblos colonizados. El segundo capítulo versa sobre la suma de remedios de Bartolomé de las Casas, mientras que el tercer capítulo ahonda en sus contradicciones: desde la instrumentalización

de la vida del *indio*, hasta la inicial y profusa apelación lascasiana a la esclavitud negra para amortiguar la devastación indígena.

A partir de una lectura biopolítica, la contradicción interna del humanitarismo lascasiano se muestra como una posición coherente. Tal como demuestran los autores, dado que la explotación de la vida indígena no fue un problema para los conquistadores y encomenderos por la relación costo-beneficio, Bartolomé de las Casas procuró que sus remedios implicasen algún tipo de rédito económico. Los remedios lascasianos ponderan al *indio* como dato cuantificable, del que es posible obtener mayor provecho dependiendo de su cuidado, descanso, alimento, instrucción y reproducción. En otras palabras, inscribe la violencia colonial en un sistema de dominación sustentable.

Proyectos que no alcanzaron a pasar de la imaginación lascasiana, tal como el caso del Hospital del Rey estudiado en el cuarto capítulo, iluminan el vínculo entre cuidado de la vida y cálculo político, extrapolable hacia el interés soberano y la salud pública. El quinto capítulo trata sobre la reforma cisnerolascasiana, su debate y fracaso, así como también sobre la serie de resistencias y sublevaciones de las poblaciones locales contra los invasores. En el sexto capítulo asistimos a la propuesta de “colonización pacífica” de Las Casas en la costa norte venezolana, cuyo fracaso conllevó el retiro público del dominico por casi diez años.

El libro, tal como se ha expuesto, advierte en la obra de Bartolomé de Las Casas una pieza en la cual se refracta el sistema de dominación colonial. Cabría interrogarse, dado que es posible rectificar los marcos temporales que dan lugar a fenómenos biopolíticos, ¿por qué insistir en la periodización cuando se ha propuesto también analizar este concepto como arcano de la política occidental (Agamben) y, por ende, presente en potencia en otros antecedentes de esa imaginación del poder? Adentrarse en esta pregunta, de cierta forma presente y proyectada por el texto, permitiría identificar en mayor detalle las especificidades de esa modernidad colonial y cómo se entronca el fenómeno biopolítico en sociedades colonizadas, sin pretender por ello organizar una teleología hacia esa modernidad que los marcos biopolíticos han satisfecho hasta el momento.

A partir de un análisis riguroso los autores presentan convincentemente cómo la violencia de la dominación es traducida por el dominico a una serie de propuestas que, si bien pretenden frenar el curso de la historia, confirman la lógica colonial e, incluso, conforman el antecedente de una *buena voluntad* despolitizada. Los propios autores declaran que su trato con el dominico, quizás, ha sido demasiado áspero, dada la compleja realidad a la que se enfrentó; pero el rigor interpretativo es meritorio por sus derivas políticas y filosóficas, el cual no pretende sin más exponer al clérigo ante el tribunal de la historia: “Nuestra crítica a Las Casas es, en cierto sentido, hecha no a un hombre y una obra que no podríamos acometer nosotros mismos, sino a nuestras propias luchas y fracasos en el mundo” (356).

El realismo político de las propuestas de Las Casas se funda en la razón colonial, su lenguaje no es otro que el de sus contemporáneos, peligro al que está expuesto cualquier proyecto político que busque cambiar o siquiera interpretar la historia. A partir de esta suerte de desengaño biopolítico de las utopías lascasianas, los autores leen el propio desencanto del clérigo como un atisbo de lucidez radical. El libro culmina con ese momento en que Bartolomé de las Casas pareciera vislumbrar “la promesa redentora” de la vida contra la muerte, la “guerra justísima”—la expresión es retomada desde Las Casas—de los naturales contra sus opresores (400).

Ignacio Veraguas, Johns Hopkins University